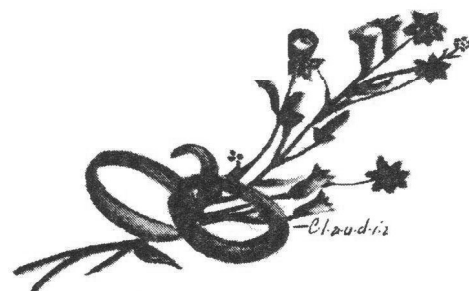


Novios

Max Ramos*



Sólo hubo fotos del novio. Ahora con tu madre, Miguelo; aquí con los amigos. Y las tías. La parentela veía a la novia como un adorno de mal gusto. Y el Miguelo, timidez, juguete familiar. Felicidades, muchacho, por fin te casas. Y él queriendo participar a su Calandria, y los otros maniatándolo a fuerza de abrazos y más fotos.

La Calandria, gorda y morena, le lanzaba parabesos al aire, con la paciencia de quien sabe que la noche nupcial es para dos. No importa, se decían los novios a lo lejos, seremos nuestros.

Ella tenía de entremés en el pelo unas peinetas, dos pesos el par. Su vestido de tafeta, rebordes en escarchín, entre los dos lo habían montado. "Con holgadura", decía ella. De entalle, neciaba él, que se te vea mujer, la pulpa. No te apenes, me solivianta tu llenez. Bueno, ronroneaba la Calandria. Y seguían hilvanando su futuro: un chamac, una tele. Yo en la construcción, tú en la fonda, viéndote desde el andamio, con tu babero, picando cebollas, dada al llanto porque la chamba nos separa.

La Calandria vino de Tecostle, bien sola, con el arregosto de quien otea el aire para respirarse viento. Sus padres: Te vas muy a la capital y te harás putihonda. Dejó a su gente, al venturial. En la primera esquina, cuidado en la nariz, me puse choclos, un cuarto de crema de pepino y mi vestido, el azulito, como anuncio de neón. Con la risa de encías que esconditeaba con las manos, porque de tanta risoria sentía que la boca se le iba como globo suelto. Chapultepec en domingo.

Con unos quintos se aposentó en un cuarto de azotea. Una cocina económica: "La chuleta esbelta", le dio trabajo. A menos de un año muy a su

frente se construía un edificio. El Miguelo era parte de aquel hormigal que empujaba el cemento para arriba.

Una tarde: señorita, una comida corrida. Y la Calandria se le acercó, se mirantaron todo. El menú que le tendió ella era una sopa de nervios, una guiso de sudor, pensó el Miguelo, y al postre llegaron juntos con un morderse los labios, gelatina de cereza. ¿A qué hora sale, señorita? A las siete. Tomo el camión ahí en la esquina. Confirmaron cita a lapicero, tinta del silencio.

Su vestido de novia. El rumor en torno de ella. El novio queriendo atraerla. Porque el Miguelo no pensaba en su gorda tan sólo para el uso. Amor de pulmón. Mi agua de tehuacán después de los perjudicos del alcohol. Calandria, mi Alameda dominguera. Pero no lo dejaban. Y ella sola, miraba el cielo de nubes, charco que amenazaba con caerse.

Un microbús para los invitados. Poco transporte. Fueron subiendo. Los novios alquilaron un taxi, del compa Pincas, que por muy su cuate le dio un cincuenta al descuento. Bochito tolerado, llamado El Aeroplano. Pero a resueltas, después del novio, se colaron al carruaje nupcial, la madre del Miguelo y su abuela.

El novio songo, ni por enojo y manotazo hizo entender que la Calandria debería ocupar el lugar donde ahora estás sentada, mamá. Ella es mi mujer. La mamá y la abuela lloraron luto, grititos de mal nacido, prefieres a esa casicosa. Y señalaba a la Calandria a través del cristal. Y ésta dijo: yo me voy en la microbús.

Arrastrando la cola del vestido le murmuró a su cuerpo: vamos. Y echó los pasos, pujiandando; ya su alegría se nublabá con lunares parecidos a la pena. Al querer subir al micro, algunas voces le

*Primer lugar en la categoría cuento del certamen literario Antoine Saint Exúpery

tronaron en la frente, donde la Calandria sabe entrar las injurias sin pedir permiso. "Las marranas al estercolero", oyó la novia. No importa. Escalón una vez y al intentar el segundo, un arracón la puso en suelo. Cayó y sobre ella su peso, se inmovientó. Las risas flotaron en la burla. Un cano de labios muertos con la tonadilla de la "novia fea".

Calandria, las tragedias se tragan, ¿para qué las gritas? Si estás al oído ajeno es un rodar de piedras sin sentido. La burla triza cualquier inventario de respuestas. La Calandria se levantó sin dos dientes, con el vestido ensangrentado. Y ella pensó en los ajos, cuando prepara las salsas, y como se desmiembran.

No hubo mano, se levantó solita. Para no manchar más el vestido, se quitó el velo, en ese acto hubo un lapso de silencio de los invitados, en esa minucia del día, en que a la gente, muy gazmoña, algo la pone reflexiva. Un claro de tiempo en las negrancias. Luego el mundo vuelve mismo a la cotidiana costra nuestra. Y ese silencio tal se dio porque el quitarse el velo la Calandria desistía de su orgullo. El velo, corona que arrancó de su cabeza para darle el rango de pañuelo. A punto estuvo la Calandria, pero no. No soltó su llanto en alaridos. Sopórtate a tus huesos, dijo, mientras una esquina de su velo, dique en las encías. Cada quien con sus postemas. Y la "novia fea" un coro. La burla es una máquina dada a la tortura.

El microbús iba entre los baches, la novia parada, los invitados, parientes del novio. Hombres y mujeres que hallaron de jerga a la Calandria. Nadie antes la había visto. La burla, botón de odio, permea el ambiente. El odio es otra rosa que habita sombría en lo oscuro nuestro, y abre sus pétalos cuando huele aromas semejantes a la dicha, entonces despide su flato y nuba a los agrios, a los chorrillentos por no tener nada que defecar.

La Calandria sólo pensaba en su Miguelo. Ahí bamboleada por los baches, piensa, si tuviera unos quintos, me bajo y me llevo en taxi. El microbús frena, La Calandria se afianza al tomamano, y una señora le da una bofetada: vieja cochina, ni parece que sea novia, me va dando recargones, sucia. Y otra cachetada.

— Quiere llorar la gorda.

— ¡Qué se baje!

— Sí, ya no cabemos.

La lluvia se lagrimó repentina a través de los cristales. Un semáforo detuvo al microbús. Déjeme bajar, dijo al chofer. Éste abrió la puerta. La Calandria al querer bajar rasgó el vestido. El sabor de la intemperie. Un charco. El microbús se fue sin ella. ¿Dónde estás, Miguelo? La sangre en la boca. Las calles solas. Se quitó las zapatillas. Alzó su vestido que se le había puesto triste.

Sobre el mismo camino, más adelante, el taxi había parado. La mamá del Miguelo: "no te voy a dejar ir, ella luego nos alcanza, viene con los invi-

tados". Déjame bajar, madre, tengo que estar con mi mujer. Que no te vas, he dicho, forcejeaban. La madre y la abuela no lo soltaban. El compadre Pincas: "déjenlo bajar, quiere estar con la Calandria, tiene derecho". Que no y que no. Entonces al Miguelo se le envenenó la tripa. Cómo que no, yo me bajo. Y como las otras lo tenían acorralado en el bochito, le soltó un puñetazo a su madre. Ésta chilló como hiena. No, Miguelo, no está bien, decía el compa Pincas. Usted no se meta, compa. Y se bajó del taxi jalando las greñas, como un estropajo, de su madre. Es usted una perra, mamá. Y la abuela, Dios te guarde en el infierno. Miguelo. Éste se regresó en pasos, golpeando los charcos con su muina. Aún en los jadeos, muy a la distancia, él seguía golpeando a su madre hasta el hilacho.

Y la Calandria, desdenturriada, ahogándose de lluvia. Los zapatos los había perdido en un otro tropezón. De poco en nada se tenía a cúmulo la pena. Se dio cuenta que estaba en un día sin medida. El sol fuegor azorado por ese mar que el cielo escupe, inexistía. Eso me pasa por gorda y por más negra que una culpa. El Miguelo se escanció en lo pechoso mío, y dónde, dónde se me fue es-



capando; su arrepiento se presentó en el altar, seguro dijo: el matrimonio es una escuela para dos cocosos del amor, mejor marchito la pasión de este segundo, adiós. ¡Ay Miguelo!, me enganché a tu sueño de pochito, rémora a lo tuyo interno. Mis peinetas también se han roto, y yo siento que las caries me abandonan. Miguelo, si bien pudimos ser suma, ahora somos restos, olas de diferentes aguas. La Calandria se decía, soy paticoja, el maquillaje se me desbarató pastel al piso.

El Miguelo venía corriendo por la calle, los ojos en los poros, preguntando a los postes si habían visto a su Calandria. Y detrás de él, el taxi del compa Pincas, porque la madre del Miguelo le había dicho que esa blasfemia no se le perdona a un hijo: "usted nos tiene que defender, señor Pincas, nosotras somos dos mujeres, y ese mal hijo debe recibir un castigo".

Y tanto le venían diciendo, que el Pincas ya traía el coraje entre los puños. Sí señito, será muy mi compadre pero eso no se le hace a una madre. Un golpe a una madre es como escupitajar a la Virgen de Guadalupe. El taxi encontró primero al microbús donde venían los invitados. Pincas detuvo el bocho. El chofer del microbús hizo lo mismo. El bando de la mamá del Miguelo dio enteradas de los que el novio había hecho. ¡Qué poca madre!, dijo uno del bando del microbús. "La culpa la tiene esa cerda con tafeta, casi nos poncha las llantas con su peso", segundeó el primo de Miguel. "Es cierto, lo bueno es que se bajó", vomitó una tía lejana que venía de la colonia Morelos. Los dos bandos conciliaron en que había que encontrarlos y darles su merecido. Más a la Calandria, desparajarla, gritó un gorrón que en la misa nadie conocía y que, ahora, era un familiar de entraña.

Cuando los novios se vieron la lluvia se detuvo, y luego festejó con un relámpago que cayó en el árbol donde un segundo antes la Calandria descansaba, en su tercer resoplo. Al ver a su Calandria sin zapatos, él se quitó los suyos hacia un cartel que anunciaba "Para la mejor distinción calcetines Unión".

Fue abrazo de mucha geografía. Beso de gargantas. Y fue en el beso donde el Miguelo notó la falta de dos dientes en la novia. Se separó de ella y soltó dos llantos. La Calandria sintió lo brusco de ese separarse. Dijo: yo se que sin mis dientes, Miguelo, ya no soy la tuya, perdóname. El Miguelo no la oyó, había caminado unos metros, tomó una piedra, y se la sorrajó a sí mismo, en la boca; no sin suficiente fuerza, pero con sus dedos se los logró zafar. Cuando regresó con su Calandria le mostró los dientes que llevaba en la palma de la mano. La Calandria desanudó su velo que le hubo servido de pañuelo y le mostró los suyos. Rieron de risa rota con tanta contentura.

A lo lejos oyeron un rumor. Era la parentela que venía en grupo, andándose de pies, con palos y piedras, con toros y diablos en la boca, venían por ellos. Corre Calandria. Vamos Miguelo. Y descal-

zos, entre cristales rotos y piedrecillas, con dos dientes machos y dos dientes hembras, corrían en aquella lluvia tan libre y desatada.

Y vamos, mi Calandria coge vuelo. Sí, Miguelo, no pienses en que son cuabras, piensa que cada paso es un kilómetro. Y la tarde. Y los postes, los semáforos en verde. La tarde de los novios siempre es la posibilidad del mundo con todos sus caminos. El Miguelo y La Calandria corrían. La luna de miel inicia cuando dos ojos miran a otros dos, y ambos se dicen, sí, vamos, corramos al espacio donde seremos. Que el mundo nos persiga, para nosotros es música de fondo ☺

La mamá y la abuela lloraron luto, gritos de mal nacido, prefieres a esa casicosa.

